

«Horizonte despierto» tiene un lugar apartado y vertical en el panorama lírico criollo. En su tendencia, es la voz más alta del país. Por el momento, nadie le disputa su tamaño.—ARTURO TRONCOSO.

<https://doi.org/10.29393/At143-110ATPL10110>

PANORAMA DE LA LITERATURA ECUATORIANA, por *Augusto Arias*.

Inicialmente es agradable constatar la utilidad de este volumen diminuto, pero apretado de informaciones. Sirve para conocer la literatura ecuatoriana. No hay nombre de algún valor que no se fije en sus páginas ni obra de cierta importancia que no afirma algunas de sus cualidades distintivas, aunque sea de manera rápida o escasa. Pero no se debe olvidar que es un panorama, una síntesis antes que un análisis, síntesis en general acertada, sobre todo en lo que se refiere a los escritores anteriores a nuestro siglo. Este no significa que tratando a los del presente también no lo sea, sino que hay varios a los cuales no les diferencia, mereciéndolo, y sólo se contenta con enumerarlos. Es el caso de Jorge Icaza, Humberto Salvador, Diez Canseco, Aguilera Malta y otros.

Augusto Arias hace partir su panorama (1) desde el cacique de Tumbaco, Jacinto Collahuazo, autor de una elegía a la muerte de Atahualpa, único nombre que permanece de ese tiempo, debido acaso a que Juan León Mera en su *Ojeada Crítica de la Poesía Ecuatoriana* reproduce su poema quechua que no tiene otra significación que la prioridad en la historia literaria del Ecuador. En el siglo XVI, a los cronistas de Indias que se ocuparon de su país, Augusto Arias los considera como connacionales, ya que en sus crónicas se encuentran los elementos germinativos de la historia de la nacionalidad ecuatoriana. En este pá-

---

(1) Publicaciones del Grupo América Quito.

rrafo cita al español Juan de Miramontes, autor de «Un poema interminable» y a Pedro de Oña que en su *Arauco Domado*, poema cuya lectura pueden transitar sólo los ojos eruditos, hace referencias muy imperfectas y breves a la historia antigua del Ecuador. En el siglo siguiente empieza, aunque en forma muy disminuída, la influencia del clero—que en el siglo XVIII se precisará con más evidencia—en el aspecto cultural, ya que es en los conventos donde se instalan las bibliotecas incipientes y es el clero el que reparte la enseñanza de esa época.

El primer nombre que irrumpe en el siglo XVII es el del agustino quiteño Gaspar Villarroel, que fué obispo de Santiago de Chile; y arzobispo de Arequipa. Según Gonzalo de Zaldumbide, un escritor singular, ameno, importante. Cuando estuvo en España «obtuvo estimaciones relevantes y confirmadoras», siendo nombrado Predicador del Rey. Inteligencia verdadera, casi ningún problema de su tiempo le fué desconocido, escribiendo sobre casi todos ellos, como afirma un compatriota suyo del presente. Dejó muchas obras. «Grandes pergaminos, dice Arias, amarillados, en los cuales la letra se enreda en la menuda marcha de la sabiduría. Teología y sermonario. Filosofía y meticulosidad. Toda la fuerza del monje curvado sobre el misal y secando con arenilla de paciencia las grandes fojas manuscritas. Contracción semejante a la de Erasmo, la de este Gaspar Villarroel, aun cuando no supiese imprimir de su infuso, de su copioso conocer, un libro menudo y eterno como el *Elogio de la Locura*. ¿Quién lee ahora sus mamotretos que doblegarían al curioso visitante de los libros? El monje quiteño sonreiría tras el vitral, amontonando infolios con el camino pacienzudo de su pluma y si en su prosa colonial elogiaba a la Virgen, como Berceo, detúvose también en las márgenes de ese libro esencial de amor que todo parafraseamos alguna vez, sin conocerlos: *Los Cantares...*».

En el siglo XVIII sobresale por encima de todos, Eugenio de Santa Cruz y Espejo que, según Arias «es la figura mayor

del siglo colonial». Como el agustino Villarroel posee casi todos los conocimientos que se podían adquirir en su época. Conoce las leyes, la teología, la medicina, las letras. Es, además, bibliotecario, crítico, periodista. En este aspecto, dirige el primer periódico del Ecuador: *Las Primicias de la Cultura de Quito*. No olvidemos todavía sus méritos como precursor de la independencia. Por sus actividades revolucionarias lo encarcelaron, muriendo poco después de haber abandonado la prisión. «Quizás no haya en el nuevo mundo un ingenio que interprete con tal prontitud el sentido de la enciclopedia y que posea una tan afilada perspicacia. Menéndez y Pelayo le tributó elogios en su *Historia de las Ideas Estéticas* y apenas hay sudamericano de cultura que no sepa detalles de su vida y su obra». Uno de sus libros más importantes es *El Nuevo Luciano*. Otros libros suyos son *La Ciencia Blancardina*, *Marco Porcio Catón*, etc. En este siglo tampoco se debe olvidar al jesuíta Aguirre, poeta que sufrió la influencia gongorina y conceptista, aunque no desaparece el carácter individual de sus composiciones. Existen estudios sobre este escritor de Gonzalo Zaldumbide y de Isaac Barrera.

En el siglo XIX la primera figura de relieve es la del guayaquileño José Joaquín de Olmedo, autor del *Canto a Bolívar*, de la *Victoria de Junín*, etc. poemas épicos y elocuentes que le dieron gran fama. Actuó en la Junta Revolucionaria de 1822, vivió en Europa y fué candidato a la presidencia de la República. García Moreno, también nacido en Guayaquil, que fué célebre por su intransigencia religiosa que ejerció desde la Presidencia de su patria, se le debe recordar, además, como escritor por sus cartas, sus sátiras políticas y por sus artículos periodísticos. Para nosotros, sobre todo, por la lucha que sostuvo contra su tiranía ese varón vertical que fué Juan Montalvo, el más conocido de los escritores ecuatorianos del siglo pasado y sin duda la expresión máxima de la literatura de ese tiempo y de su país. Son famosos sus *Siete Tratados* y *Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Gran talento polémico, estilista notable, Montalvo

trabajó el idioma con verdadera sabiduría. Actualmente sus libros se leen con placer. Creemos que es uno de sus mejores elogios. Había nacido en Ambato en 1832 y murió en París en 1889.

Otros nombres de esta período que deseamos estampar son los de Juan León Mera, autor de una novela romántica—la primera en el tiempo en el Ecuador—de versos en los que intentaba dar un sentido americanista de la poesía y el primer crítico literario—cronológicamente—de importancia en su país, siendo algunos de sus libros *Cumandá*, *La Virgen del Sol*, *Ojeada histórico crítica de la Poesía Ecuatoriana*; Pedro Fermín Cevallos que es el primer historiador ecuatoriano (1812-1893), dejándonos un *Resumen de la Historia del Ecuador*, *Biografías de ecuatorianos ilustres*, etc.; Numa Pompilio Llona, poeta épico y lírico, autor de la «*Odisea del alma*», en la cual ha de insinuarse la travesía de un nuevo *Ulises interior*; Remigio Crespo Toral, poeta romántico en sus mocedades, casi parnasiano en la edad viril, es uno de los mayores de la patria literaria. Ha escrito «*Mi poema*», «*Leyendas de arte*», «*La leyenda de Hernán*», etc. Lírica, épica, bucólica. De notable sentido crítico, como estilista, es limpio, cuidado y elegante. Con el seudónimo de Stein ha firmado varios de sus artículos. Internacionalista, ensayista, historiógrafo, presenta la polifacetación del polígrafo».

Hasta aquí Augusto Arias ha compuesto su panorama a base del método cronológico, por considerarlo el más apropiado. En las últimas partes de su libro, estudia a los escritores por tendencias. El modernismo, las nuevas tendencias, el ensayo, los géneros de hoy, la novela, la biografía, el verso nuevo tienen en Arias comúnmente un comentador sagaz, sobre todo cuando no esquematiza demasiado, porque entonces sólo aparece el esqueleto del comentario. Si le hubiese dado a su estudio panorámico mayor amplitud—era posible dentro de sus limitaciones—habría resultado un libro de primer orden, porque Augusto Arias demuestra capacidad para hacerlo.—A. T.